

UN ALTO EN EL CAMINO

Doctor, ¡déjeme morir!

Alonso Llano Escobar, S.J.

La vida es un bien, el Bien fundamental, que está al servicio de todos los valores y derechos, y al servicio de la vida divina, la vida de Dios en nosotros.

De veras que la forma de morir ha cambiado en los últimos años. Antes se moría en casa, y era el paciente dueño de su propio proceso de morir. Hoy, este proceso se encuentra “hospitalizado”, Hoy día la mayoría de los seres humanos muere en clínicas y hospitales. Hoy morimos en manos del médico, de la enfermera o auxiliar, de residentes o de estudiantes de medicina. Hoy se muere científicamente.

Pero lo más grave no se encuentra sólo en ello. Se encuentra en el fondo de lo que se encuentra allí. En el criterio y mentalidad de los médicos de hoy, para muchos de los cuales la meta de la medicina, en su actual omnipotencia, consiste en no dejar morir. Entre otras cosas porque, creen ellos, que si se les muere un paciente, por cualquier motivo, fracasan ellos como médicos. Error fatal cuyas consecuencias a menudo las pagan los pacientes. Otra razón, puede ser, porque creen que la vida (biológica y mortal) es un valor absoluto. Y no hay tal. Tal criterio es un error. De tal principio erróneo se siguen fatales consecuencias: el soldado no podría morir por la patria; la joven, en defensa de su virginidad (recuérdese al heroísmo de María Goretti), ni el creyente podría sacrificar su vida confesando su fe.

Digámoslo claro: la vida no es un valor absoluto, ni tampoco el valor principal. La vida es un bien muy grande, que fundamenta todos los valores y derechos de la persona humana, ya que sin vida no se podrían dar. La vida es un bien, el Bien fundamental, que está al servicio de todos los valores y derechos, y al servicio de la vida divina, la vida de Dios en nosotros.

Digo entonces que un médico –para quien la vida biológica y temporal fuera un valor absoluto que hubiera que conservar y sacar adelante a toda costa- hará todo lo posible, lo sensato y lo insensato, lo cuerdo y lo absurdo, para no dejarnos morir. Tal empeño absurdo se conoce hoy con el nombre de distanasia (de dis, prefijo griego que significa difícil, como disnea=dificultad para respirar, y tánatos=muerte). Esta se práctica hoy muy frecuentemente por parte de algunos profesionales e instituciones de salud, las cuales, de paso, se benefician no poco económicamente con la insensata prolongación del proceso de morir.

Todos hemos de morir. Igualmente, médicos y pacientes. De aquí la importancia del tema que trato hoy. Todos nos hemos encontrado en momentos difíciles, máxime si hemos pasado por situaciones extremas de dolor, de angustia o fracaso, o por etapas

de hospitalización. A veces nos sentimos cobardes ante el dolor, y quisiéramos morir, y en esos momentos se nos escapa de los labios una oración, que musitamos en medio del dolor y del sopor: "Señor, no quiero vivir más, ¡llámame!" Cuando recuperamos la salud y la vida nos vuelve a sonreír, pensamos: siquiera el Señor no escuchó mi oración.

También le hemos suplicado con lágrimas al médico: "Doctor, déjeme morir". No estoy diciendo hoy que cada que el médico oiga semejante ruego deba acceder y darle gusto al paciente y dejarlo morir. Se requiere ser un médico sabio y prudente que sepa distinguir cuándo esa dolorosa súplica tiene fundamento y derecho para tomarla en serio y dejarlo morir. No son raras las situaciones, que bien conoce el médico, en las que basta con un sedante de nervios o un calmante del dolor, para sacar al paciente adelante para sacar el paciente adelante y devolverle la salud y el gusto por vivir.

Pero sí se dan casos, y no tan raros y difíciles de discernir por un buen médico, sabio y prudente, en los que conviene reconocer el derecho del paciente a una muerte digna, sensata y oportuna.

Entonces es cuando encuentra lugar y razón de ser nuestra petición: "Doctor, ¡déjeme morir! Sí déjeme morir, déjeme descansar. Ya cumplí mi deber, ya no hay nada sensato que hacer. Para qué me pone mas suero, inyecciones, remedios, exámenes, cirugías, cuando ya no tiene razón de ser tanta parafernalia y tanta tecnología para no dejarme morir y descansar".

No está bien la eutanasia. De acuerdo. Pero tampoco está bien su contraria la distanasia, o dicho más gráficamente, con expresión muy dicente, el encarnizamiento médico para no dejar morir.

Doctor, cuando les llegue ese momento a mis pacientes y amigos que me consultan, cuando me llegue ese dulce y suave momento de pasar de este mundo a Dios, doctor, por amor de Dios se lo ruego, doctor, ¡déjeme morir!

Tomado del EL TIEMPO Domingo 11 de Febrero de 2001

Alonso Llano Escobar, S.J.